

I

CONSTANTINOPLA, AÑO 834

—La osamenta de un hombre parece muy dura, pero no lo es tanto, ni siquiera la del más fuerte. Para Agatón un tronco de árbol era como una pluma. Se lo echaba al hombro como si tal cosa, mientras que uno que apostó a que lo igualaría consiguió levantar la carga, pero a cambio de quebrarse los tobillos con el peso. Agatón ni se inmutó, porque era un verdadero coloso. Y, sin embargo, sus huesos crujieron como astillas cuando un agareno gigantesco se los aplastó de un golpe. Es un ruido similar al de un árbol al desgajarse, pero mucho más leve, claro está. Salió del interior de la carne, cuando se la abrieron como un melón. Vosotros no habéis estado en ninguna guerra, así que no sabéis cómo suena, pero es así, yo lo he oído muchas veces.

Alexios se estremeció al imaginárselo y siguió atento a las divagaciones de Dalmacio, que aquel día estaba más locuaz que nunca. Alguien debía de haberlo invitado antes que ellos, porque solo adoptaba aquel aire confidencial, propio de quien va a contar un secreto, a partir de la segunda o tercera jarra. Miraba a su alrededor por si alguien escuchaba sus palabras y bajaba la voz al pronunciar ciertos nombres, como si temiera a los espías, cuando sus viejos cuentos de veterano eran tan antiguos y sonaban tan repetidos que no interesaban más que a los chiquillos o a quienes llegaban de algún *thema* alejado y aún no habían asistido a uno de los parlamentos que prodigaba por plazas y tabernas.

—Los árabes se mueven como el viento a lomos de sus caballos, porque son jinetes muy veloces y ágiles, y antes de que te enteres te han deshecho las filas. Aquel día, amigos míos, lo pasamos mal. Agatón se quedó destrozado, pero antes logró matar al gigante. Y a mí me tocó perder esto.

Dalmacio levantó su mano izquierda, de la que faltaban dos dedos. Otras veces decía que se los había cortado el cable de una nave, pero a Alexios no le importaban esas contradicciones porque sentía siempre la misma excitación con cada historia.

—Se me había caído el escudo, y antes de que me diera tiempo a recogerlo se me vino encima uno de aquellos demonios de la caballería mahometana. Cuando pasó por mi lado me agaché y me protegí, sin pensar, con el brazo desnudo. Un mandoble me rozó y se llevó los dedos de cuajo. Gracias a Dios me aparté a tiempo de que no me cortara el brazo hasta el codo, porque su espada era una de esas que siegan manos y cabezas como una hoz, sin que su dueño se apee de la montura. Y aun así seguí peleando hasta que se retiraron y la escaramuza se acabó. Aquel día, si no hubiera sido por lo de Agatón, solo habríamos tenido heridos en el *tagma*, porque nadie más que él se murió. Hubo muchos mutilados y algunas cabezas rotas, eso sí... Pero no era este el asunto, y nada habría dicho si no me hubieses preguntado por la reliquia que traigo aquí colgada.

—Pero si no le has preguntado nada... —susurró Bartolomé al oído de Alexios.

—Calla y déjale hablar —atajó este a su hermano pequeño—. El tiempo corre, y pronto tendremos que irnos.

Dalmacio se quitó el colgante que portaba al cuello y lo exhibió, olvidadas sus anteriores precauciones, ante la escasa concurrencia que a aquella hora bebía a su alrededor.

—Miradlo bien, se reconoce perfectamente.

—¿Es un dedo? —preguntó Alexios.

—Un dedo, sí, muchacho. Uno de los que aquel día me arrancó aquel salvaje. Al anocheecer me había vendado la mano y descansaba tumbado sobre mi capa en un rincón cuando, de repente, un cuervo se posó sobre una roca frente a mí (aquella región es pedregosa y no hay en ella más que breñas). Su graznido me hizo abrir los ojos del todo, porque estaba medio dormido, y vi que en el pico me traía algo, igual que si fuera yo Pablo el Ermitaño y estuviera esperando el pan que le servía cada día uno de esa misma especie. Pero como no soy ningún santo, me pareció ave de mal agüero y lo espanté con mi espada. ¡Y al chillarme se le cayó de la boca mi propio dedo! Así regresó a mí de manera milagrosa. Aunque no me sirva de nada despegado de su sitio, es un talismán que nunca me ha fallado y jamás me lo quito.

—Parece el de un negro —objetó Bartolomé.

Dalmacio se fijó entonces en el crío por primera vez y con gesto teatral tomó el colgajo y lo acercó al lugar donde le faltaba el índice.

—¿No encaja perfectamente? Lo que sucede es que con el tiempo se ha puesto de ese color y se ha secado, como el tasojo. Durante mucho tiempo lo traje forrado en una funda de oro, del que gané al servicio del emperador, pero tuve que venderla por mi mala suerte y por el abandono en que tiene la patria a sus mejores siervos. Mozo, trae otra jarra a cuenta de estos jóvenes, que son tan espléndidos como solo la juventud puede serlo.

Alexios hizo gesto de asentimiento y sacó una última moneda de la bolsa que llevaba metida en la faja. No podía sisar más aquella semana sin que el hermano Teodosio se enterara, así que se dispuso a obtener el máximo provecho de su invitación.

—Cuéntanos lo que nos ibas a decir antes.

Dalmacio guiñó un ojo y bajo de nuevo la voz.

—Yo soy frigio, de la misma ciudad de Amorium que el difunto emperador Miguel, Dios lo tenga en su gloria. Mi pa-

dre y el suyo jugaron de pequeños y nosotros nos alistamos y servimos juntos en Anatolia, solo que él aspiraba a triunfos mayores. Y hacía muy bien, porque valía para eso. Escuchadme bien: en la vida hay dos tipos de hombres, los que nacen para mandar y los que nacen para obedecer. Su cuna da igual. Un comandante puede nacer en una choza de pastores y un siervo en palacio. A cada uno lo conducirá su destino al lugar que debe ocupar. Lo que sucede es que hay muy pocos que estén hechos para dar órdenes. Nuestro general de entonces, Bardanes el Turco, era noble desde el mismo día en que su madre lo parió, y fue acunado entre sedas y brocados. Aún lo veo, cuando se quitaba el casco de guerra y se quedaba con el bonete entretejido de oro que se ponía para recibir en su tienda a enviados y embajadores. ¡Su cabeza podría haber salido en un sólido, como la del emperador! Siempre fue un buen militar, nunca se olvidó de repartir el botín y no abusaba a la hora de coger su parte. Tampoco se amilanaba cuando había que ensuciarse de sangre.

Dalmacio hizo una breve pausa.

—Pero no servía para mandar. No, no servía.

El tabernero, que seguía su charla por simple ociosidad, no se privó de intervenir en ese punto.

—Qué tonterías dices, Dalmacio. Si Bardanes no llegó a emperador fue porque sus hombres lo traicionaron, y uno solo no es nada frente a todos los demás.

Dalmacio se levantó bruscamente y comenzó a vociferar.

—¿Traición? ¿Me estás llamando traidor? ¿Qué sabes tú de eso, sarnoso cabrón, cerdo cojo, perro capado? Bardanes no estaba llamado al poder, y lo sabía. Él tendría que haber servido a Miguel y no al revés. Por eso Miguel acabó ascendiendo al trono y a Bardanes le sacaron los ojos en el monasterio al que se retiró después de fracasar. Dudó en el momento decisivo porque no había nacido para mandar, eso es todo.

El tabernero se encogió de hombros y fue a atender el pedido de un nuevo cliente, lo que pareció tranquilizar al bebedor, que se sentó de nuevo y echó otro trago.

—Nos va a oscurecer —dijo Bartolomé a su hermano.

—Ahora nos vamos, pero antes quiero que acabe su historia.

—¿Por dónde iba? —se preguntó el orador.

—Por la mitad del jarro y de tus embustes —se rio el dueño, sin recibir nada más que un bufido por respuesta.

—Miguel daba órdenes desde niño, yo lo sé bien porque nos criamos en el mismo lugar, y los demás ya lo obedecían. No porque fuera muy fuerte o no tuviera escrúpulos en matar. Como esos hay muchos (yo mismo). Ni siquiera porque fuera un gran orador: al contrario, todos sabéis que se trabucaba en cuanto tenía que dar un discurso y que no aprendió a escribir su nombre hasta que llegó a lo más alto. Pero sabía entender a las personas. El que nace para mandar reconoce a los que nacen para obedecer, es como un don, y gracias a eso consigue imponerse. Y porque, además, tenía paciencia para esperar su momento y decisión para cogerlo por las crines antes de que se le escapara. Él, que se casó con una hija de Bardanes el Turco, podría haber intentado apoderarse del trono antes que León el Armenio. Pero su destino lo preparaba otro camino, y lo comprendió y nos manejó a todos para que lo apoyáramos cuando surgiera la ocasión. Mientras tanto supo desempeñarse para ir ganando poder poco a poco y colocarse en el sitio oportuno.

Una brisa repentina entró por el hueco de la ventana, y Alexios se dio cuenta de que había cambiado el viento y anocheceía. Los comentarios de Dalmacio sobre antiguas intrigas no le gustaban demasiado. A ese paso iban a tener que regresar al monasterio sin haber degustado ninguna aventura de las que acababan con enemigos ensartados o fantásticas hazañas. El local comenzaba a llenarse y algunas prostitutas

se habían asomado por la puerta del fondo, que comunicaba con sus habitaciones.

—Vamos a irnos —acabó por decir, resignado, y Bartolomé se levantó de inmediato.

—Esperad, chicos, no he acabado mi historia...

—Tenemos que marcharnos —insistió Alexios, puesto también en pie y asiendo el cesto en el que llevaba sus pedidos.

—Ahora que iba a deciros cómo liberamos a Miguel de su prisión, a punta de espada, el día de Navidad...

Alexios, tras dudar unos instantes, se volvió a sentar y le hizo gesto a su hermano para que lo imitara.

—Te escuchamos. Pero no tenemos más dinero para vino —advirtió.

—Aún hay algo en la jarra, hijo, no te preocupes. Eres un buen muchacho y habrías sido un excelente camarada. Algún día te enseñaré a manejar la espada. En mis tiempos era el mejor con ella, y por eso se acordaron de mí en aquella ocasión sonada, aunque hoy me hayan olvidado todos.

»Os decía que para dar el golpe cuando corresponde hay que saber ocupar posiciones, como en la guerra, y solo los verdaderos jefes aciertan con esas cosas. ¿Quién de nosotros habría pensado que desde el fondo de la prisión Miguel saltaría al trono? Gracias al apoyo que le prestó a León en su campaña había conseguido que el nuevo emperador le concediera el cargo de doméstico de los *excubidores* y el mando de las mejores tropas, de los luchadores más selectos, entre los que estaba yo. Porque, aunque no sirvo para mandar, siempre he escogido bien a quién servir, y esa es la única cualidad que le aprovecha a un soldado.

—¿Pero qué pasó, por qué habían apresado a Miguel? —interrumpió Alexios, temeroso de que Dalmacio reemprendiera el camino de las reflexiones filosóficas.

—Pues sucedió que León, como buen felino, se olió que su antiguo compañero de armas estaba reuniendo mucha

fuerza a su alrededor y que quizá estuviera llamado a un destino que chocara con el suyo, así que, por si acaso, quiso quitárselo de en medio. Algunos dicen que hubo rencillas familiares detrás, pero, en realidad, fue una lucha entre leones. El emperador se adelantó y lo cargó de cadenas. Lo encerró a buen recaudo sin tener en cuenta que se aproximaba la Nochebuena y que en esas fechas se nos pide ser misericordiosos y clementes con nuestros enemigos. Su prisión era un agujero pútrido y cenagoso en el que no hubiera sobrevivido ni una rata. Yo, que he conocido prisiones espantosas, me quedé pálido cuando vi con mis propios ojos dónde lo habían instalado. Claro, que primero habían estado a punto de arrojarlo a la caldera de palacio donde se calienta el agua de los baños, así que algo salió ganando en el cambio.

»Aquella tarde recibí el aviso de su lugarteniente, Elián, que había logrado hablar con él por medio de un guardia sobornado. Su amo le había encargado que fuera reclutando a cuantos estaban en desacuerdo con el emperador y a los hombres de confianza que aún acatábamos sus órdenes, con el fin de que lo rescatásemos antes de que lo mataran. Yo fui uno de los primeros a los que visitó.

»A mí no me importaba la recompensa que prometía, ni tampoco me conmovían las prédicas quejumbrosas de los monjes a los que León no dejaba adorar sus imágenes de santos; ni siquiera me inspiraba una especial aversión el emperador, aunque nunca me han gustado los armenios, demasiado taimados para mi gusto. Si acepté de inmediato, lo hice por lealtad, porque Miguel y los demás habíamos peleado juntos contra el enemigo y eso unía más que si fuéramos hermanos. Algunas veces había diferencias entre nosotros, pero también las hubo entre Caín y Abel, así que cuando me pidieron mi espada no dudé ni un momento. “Dalmacio”, me dijo su enviado, “necesitamos gente como tú, que no se echa atrás ni frente a un batallón de los más feroces agarenos. Te lo de-

manda tu doméstico, ese hombre injustamente encarcelado por un tirano. ¿Contamos contigo?”. “Aquí está mi espada”, contesté yo sin dudar, “y si me concedes el tiempo de afilarla, me iré contigo adonde haga falta, como si es al infierno mismo”. Elián se inclinó ante mí hasta tocar el suelo en señal de agradecimiento. Así era yo, chicos.

La oscuridad velaba por completo la abertura de la ventana y algunos clientes se habían sentado en el mismo banco que los muchachos. A Dalmacio ya no le importaba que todos oyeran el relato, que la mayoría conocía de otras ocasiones semejantes. Había agotado el vino, pero, gracias a algunas zalemas, convenció a un mercader desconocido para que compartiera con él una jarra.

—Imaginaos la noche en la que nació el Salvador, cuando el aire parece que se para entre las cúpulas de Constantinopla para que se oigan mejor los cánticos en las capillas y todas las naves permanecen atadas al puerto con los marineros celebrando la festividad. Un grupo de hombres, curtidos en batallas contra árabes, búlgaros y persas, desfilando en la madrugada como un ejército por su propia ciudad silenciosa, camino de palacio. Un ejército sigiloso, porque se había acordado utilizar el disfraz y todos marchábamos bajo los hábitos que nos habían prestado los monjes de Estudion, con la capucha cubriéndonos la cara y el arma escondida entre los ropones. La poca gente que nos veía pasar se santiguaba como ante una procesión de aparecidos. —Dalmacio se rio y su rostro se animó al recordar la escena—. Así alcanzamos la Puerta de Marfil, donde, la mañana de Navidad, se juntan hermanos de todos los monasterios de la ciudad para cantar los himnos de la celebración, según la costumbre antigua. Ninguno nos reconoció como soldados, y, aunque alguno lo hubiera hecho, habría estado de nuestra parte, porque todos odiaban al Armenio. Con ellos entramos, como fieles devotos, en la capilla palatina, donde nos colocamos en los lugares más estratégicos.

»Yo nunca hubiera interrumpido el santo sacrificio, y menos en la fiesta de Navidad; soy cristiano, señores, y confieso que desde que pisé el suelo del templo fue como si mis plantas se hubieran hundido en cieno pegajoso y no pudieran despegarse de él. Me costaba avanzar, al pensar en lo que íbamos a hacer. Cuando llegó el emperador, cubierto de oro, con sus calzas de color púrpura y todo su séquito, miré de reojo a los que más próximos estaban a mí para ver sus caras. Temía que algunos ánimos flaquearan bajo la impresión que causaba aquel solemne cortejo, recibido con reverencias por los asistentes y bendecido por el sacerdote. La exhibición de la gloria es a veces tan efectiva como un regimiento, y por eso todos los tiranos recurren a ella. Viendo aquellas muestras del poder de León, uno se preguntaba por fuerza qué habría de ser de nosotros si fracasaba la conspiración. ¿Qué tortura no inventarían para castigarnos? Pero antes de entrar en combate no cabe hacer reflexión alguna, y por eso las aparté todas de mi cabeza para estar atento solo a la señal que marcaría nuestro destino. Después de ella, o triunfábamos, o nuestras cabezas desorejadas y sin ojos acabarían clavadas en una pica.

Dalmacio hizo una pausa y sus espectadores aguardaron la continuación, aunque todos sabían el final de la historia, salvo, quizás, Alexios y Bartolomé.

—Al acabar el himno inicial dos hombres se lanzaron contra los que ocupaban las primeras filas y comenzaron a dar mandobles a diestro y siniestro, sin importarles que algunos cayeran sobre el sacerdote, que estaba al lado del emperador. Los patricios y las damas que asistían a la misa empezaron a chillar y a alborotarse como las gallinas cuando el zorro entra en el gallinero y los presbíteros que asistían al oficiante dieron gritos de «sacrilegio» y «profanación» mientras buscaban dónde esconderse. El único que reaccionó con dignidad fue León, hay que reconocerlo. Cogió lo primero que encontró a mano para defenderse, que fue el báculo dorado del que col-

gaba un turíbulo, y, haciendo honor a su nombre, se revolvió y repartió golpes como una bestia acosada. Pero éramos demasiados para él y pronto rodó por tierra, donde alguien le cortó la cabeza de un tajo.

Dalmacio adoptó un tono reflexivo, quizá ensayado otras muchas veces, para continuar su narración.

—Es curioso, muchachos, pero yo, que me lanzaba a la carrera contra el enemigo con la cabeza por delante, tuve miedo de repente. Lo confieso ante vosotros porque creo que un cristiano no debe avergonzarse de ello. Ponedme delante al paladín más formidable de los mahometanos y pelearé con él hasta la muerte, sin dar un paso atrás. Llevo cicatrices por todo el cuerpo que lo demuestran. ¡Mirad esta mano de la que faltan dos dedos! Pero allí estábamos en tierra sagrada, ofendiendo al sacerdote de Dios, la mañana de Navidad. Tan pronto como acabó la refriega me encogí como si me mirase desde lo alto la imagen de Jesucristo pintada en la pared, que nada hubiera podido ver ni aun estando viva, porque le habían emborronado el rostro hacía tiempo. No sé por qué pensé que quizá lo habían hecho para que no contemplara aquello y que, a lo mejor, gracias a eso evitaría las maldiciones y anatemas que el sacerdote malherido prefería lanzar sobre nosotros antes que encomendarse a los cielos.

»Pero quedé maldito igualmente en aquel momento, amigos míos, y por eso me veis así ahora, después de perder todo el oro que gané, conservado en vino y durmiendo en un zaquizamí. Aunque no maté al emperador, participé de ello en la casa del Señor.

—¿Consideras, pues, que hiciste mal aquel día? —preguntó el mercader que le había ofrecido la última jarra y que había escuchado en silencio hasta entonces.

—Yo obedecí a mi juramento de lealtad. Dios me juzgará como quiera, y espero que me perdone. La túnica de León,

bordada en hilo de oro y recamada con perlas, impidió que viéramos todas sus heridas, pero cuando lo desvistieron estaba acribillado por docenas de pinchazos y bajo su cuerpo decapitado se encharcaba la sangre. Así, desnudo, dividido y agujereado, fue expuesto al pueblo de Constantinopla.

Alexios se santiguó y Bartolomé, con los ojos muy abiertos, lo imitó con presteza. Incluso el propio Dalmacio repitió el gesto.

—¿Qué hicisteis luego?

—Sin tan siquiera limpiar las armas fuimos a buscar a Miguel para proclamarlo de inmediato emperador, antes de que a alguien se le ocurriera una idea distinta. No nos costó gran cosa que los guardianes de palacio se cambiaran de bando. Solo unos pocos se opusieron, y, como los tomamos por sorpresa, los redujimos sin gran esfuerzo. Yo cogí a uno de ellos que no sería mucho mayor que vosotros, chicos, y le dije con voz de trueno: «Llévame adonde está encerrado Miguel, el jefe de los *excubidores*, cuanto antes». Porque estaba empeñado en alcanzar la gloria de ser el primer libertador al que nuestro doméstico viera penetrar en su mazmorra. Por eso no me detuve en pasillos ni escaleras. Aquellos con los que me tropezaba me dejaban pasar sin oponerse, porque iba acompañado de uno de los suyos y detrás de mí venía el resto de nuestra partida con las armas en alto. Entré como un vendaval en el agujero donde estaba preso Miguel y le besé las manos aherrojadas. Así fui el primero en rendirle pleitesía, antes incluso de ser coronado.

»Tanta prisa tenía por salir de allí y culminar su propósito que aún arrastraba cadenas cuando lo sentamos en el trono y le juramos lealtad. Seguramente habrá sido el primero que se convierte en rey sin haberse quitado los grilletes, lo que demuestra cuanto vengo diciendo: el destino coloca a cada uno en su sitio sin importar de dónde haya salido. He dicho.

Alexios y Bartolomé se levantaron con presteza tan pronto como la historia se acabó y se abrieron paso entre la concurrencia para salir a la calle.

—Es muy tarde —observó Bartolomé, sin necesidad.

—¡No querrías que nos fuéramos sin haberlo oído todo! No te preocupes, yo me haré cargo.

Corrieron por las callejuelas en penumbra hasta llegar a las puertas del monasterio, que ya habían sido cerradas. Rodearon entonces los altos muros y buscaron la más pequeña que había en el lateral derecho, a la que llamaron con insistencia.

—Si están en la oración, no vendrán a abrirnos.

—El hermano Teodosio nos espera.

Al fin les abrió el mismo Teodosio, y, aunque sostenía en una mano su candil, con la otra agarró por el cuello a Alexios y lo meneó como a un árbol del que quisiera hacer caer los frutos.

—¿Dónde estabais? En alguna taberna, de seguro. De qué mala simiente habrás salido...

—La culpa es solo mía. Obligué a mi hermano a acompañarme a visitar a un pariente nuestro del que supimos que está enfermo y se nos hizo tarde.

—¿Tarde? Lleváis todo el día fuera. ¿Y un pariente enfermo? No sé qué se podrá hacer contigo, mentiroso... Ahora no tengo tiempo para azotarte, porque ya debería estar rezando, pero mañana recibirás el castigo que te mereces. ¿Traes, al menos, todo lo que te encargué? ¿Y cuadran las cuentas? Voy a comprobar que no falte ni un cobre, ya lo sabes. Como encuentre que me has vuelto a robar, pediré al hígümeno que te eche para siempre...

—Perdón, padre. —En momentos así, Alexios recurría a esta fórmula con Teodosio.

—¡No soy tu padre!

—Si lo hubierais sido, no habría salido yo así... Perdonadme, por favor. Si he apartado algo de cambio ha sido para

poder traer el dulce que tanto os gusta, aunque no me lo habíais encargado. Ya sé que no os lo permitís nunca, porque guardáis abstinencia, pero quería compensaros los disgustos que os doy sin querer. Porque igual que nos recibisteis como a hijos, siendo huérfanos, nosotros os tenemos por padre. En esto sois como el santo Job, que fue liberador de huérfanos y padre de menesterosos, además de hombre paciente, según dicen.

—¿Y no lo soy yo? Hasta nuestro padre san Basilio puso un límite a las veces que se puede corregir a un monje, y tú ya lo has sobrepasado con creces. Tu labia no te libraré del azote, sinvergüenza. Vas a recibir una buena corrección mañana.

—La merezco, padre. Mirad bajo la salazón y veréis el dulce... No es más que fruta escarchada, yo creo que podéis comerla sin reparo.

—¡A la oración! Mañana decidiré si pongo en conocimiento del higümeno tus andanzas. Por ahora, te corresponden silencio y ayuno, por mentiroso y charlatán. Y no volverás a llevar a tu hermano contigo en adelante, para que no sigas dándole mal ejemplo.

—Gracias, padre.

—Pero ¿qué te acabo de decir? ¡Silencio, desgraciado!

Alexios y Bartolomé se dirigieron a la capilla donde los demás estaban en mitad de la oración y se colocaron junto a sus compañeros, frente a los monjes más ancianos, de los que debían tomar ejemplo y aprender comportamiento en las celebraciones comunes. El maestro que se ocupaba de los novicios, Nicolás, no había perdido aún la esperanza de que Bartolomé se quedara en la casa cuando alcanzara el uso de razón necesario para tomar su decisión, pero ya se tenía por seguro que su hermano no profesaría la vida monástica y que no le faltaba mucho para ser despedido, una vez cumplida la obra pía de darle asistencia y educación durante la infancia. Por eso, y para no molestar a otros más aplicados,

se había acordado con el higúmeno que Teodosio usara a Alexios como mandadero, lo que a este le proporcionaba numerosas ocasiones de escaparse a sus deberes. No estaba hecha para él la monotonía de la vida enclaustrada; admiraba, en cambio, los relatos de los veteranos que habían combatido en guerras olvidadas y cuantas aventuras, inventadas o verdaderas, volaban por el aire de una tienda a otra de las que exponían sus géneros bajo los pórticos de la Vía del Medio, junto al foro de Constantino, o por las plazas de la ciudad, en las que nunca faltaban ociosos y charlatanes.

Quizá no toda la culpa fuese suya, puesto que había heredado tal afición de su predecesor, Euquerio. El monje que hacía los recados antes que él lo llevaba consigo, cuando aún era muy pequeño, en sus merodeos por los mercados de esclavos. Allí, mientras consolaba a los desgraciados que eran ofrecidos en pública venta, se interesaba por sus historias, que casi siempre incluían el relato de escaramuzas bélicas, alzamientos fracasados contra un señor injusto, crímenes de sangre, naufragios y peripecias que, invariablemente, acababan conduciéndolos a la cautividad.

—Es caridad lo que hacemos, hijo. Nada hay que alivie más la pena propia que contársela a otro —solía decirle su mentor cuando se demoraban más de lo debido.

Alexios escuchaba también aquellas relaciones de infortunios y, poco a poco, iba tomando gusto a los nombres exóticos, a las costumbres extrañas y a las batallas contra enemigos lejanos. Luego, cuando regresaban fuera del horario previsto, se asombraba de que Euquerio, en vez de hablar de las buenas obras realizadas, buscara excusa a su retraso en las largas colas y en las inacabables pesquisas para conseguir un pescado que no apestara o cualquier otro de los alimentos encargados por el dispensero, obtenidos, en realidad, sin esfuerzo, pues todos los comerciantes conocían al monje y solían reservarle la mejor mercancía. Este detalle, sumado a la atención apasionada

que prestaba el mandadero a sus interlocutores y a las muchas preguntas que les hacía para satisfacer su curiosidad, hizo comprender pronto al novicio que las buenas intenciones de Euquerio quizá no lo movían tanto como el deseo de hallar distracción.

—Hoy deberíamos regresar rápido para que no se queje nadie —le dijo un día, para poner a prueba el acierto de sus deducciones—. Si el higúmeno Basilio se entera de que estamos de charla por la feria, quizá nos castigue y nos prive de volver a salir.

—Ya sabes que tu mano derecha no debe enterarse de lo que hace la izquierda y que la caridad pregonada a los cuatro vientos carece de valor —le aleccionó Euquerio—. Por eso no debemos decir nada de nuestras atenciones con los cautivos y por eso es mejor que nadie sepa de ellas.

—Pero, según la regla, el monje no debe salir de su encierro más que por causa justificada y con licencia del higúmeno, que nos la ha dado solo para atender los recados y no para visitar a los esclavos. ¿No estaremos cometiendo falta?

Alexios captó el gesto que endureció por un instante el rostro del monje y cuando escuchó su respuesta también percibió el cambio de tono de su voz.

—Mira, hijo, veo que eres listo y observador. No se te puede engañar. Es verdad que quizá gastamos demasiado tiempo en escuchar casos que no nos conciernen y que nadie nos lo ha pedido, pero con ello no hacemos mal a nadie. Al contrario, quienes se sinceran con nosotros se sienten aliviados. Y yo, debo reconocerlo, también. Porque, aunque eres muy chico todavía, sé que entenderás que a veces no es fácil ser monje. Hasta los santos padres conocían la acedía.

—¿Qué es eso?

—Es... como una languidez del ánimo, una desgana que te hace desear una vida distinta, porque convierte en fastidiosas las tareas que deberían realizarse sin disgusto. Todos

pasamos por ella alguna o muchas veces, pero yo, cuando oigo las penalidades de estas gentes, vuelvo a mi reclusión con más ganas y no echo de menos las cosas del mundo que las han llevado a encontrar ese destino, así que también saco un beneficio de consolarlas.

Alexios había comprendido en aquel momento a Euquerio y también que él no sería nunca monje. Su meta desde entonces fue alcanzar cuanto antes la edad a la que lo consideraran capaz de ganarse la vida por su cuenta fuera del cenobio.

Al finalizar el oficio, los dos hermanos se escabulleron con rapidez hacia el ala donde dormían los muchachos. Alexios conservaba la esperanza de que, si se quitaba de la vista de Teodosio, la noche aplacara su enfado y también, quizás, de que la golosina que el dispensero se había guardado con disimulo en la manga del hábito al recoger la cesta endulzara un poco el inevitable castigo. Pero, por si acaso, antes de acudir a la oración matinal se pondría un buen forro en el trasero.

II

Cuando los intrusos abandonaron el monasterio, el hermano Félix suspiró aliviado. Esta vez habían rebuscado más que nunca; no se les había escapado ningún rincón ni dependencia. En la cocina incluso habían intentado meter la cabeza por la enorme chimenea, pese a que había brasas aún encendidas en el lar y su calor había estado a punto de chamuscarles los cabellos. El hermano Teodosio, con su mandil grasiento y sobado, se había echado a reír delante de ellos sin reparo alguno.

—Como hubiera algo escondido ahí dentro, estaría bien ahumado. O quemado por completo. ¿No veis que las llamas y las chispas suben hacia arriba?

Ellos parecían no hacerle caso, pero le habían dado un empujón al salir, como para disimular el ridículo.

—Eh, más cuidado, que no somos asesinos... —había dicho el dispensero, que no se callaba nunca ante un atropello.

Con Eufrasio, el Teólogo, como titular del cargo de logoteta, las inspecciones eran cada vez más frecuentes. Al higúmeno Basilio le había bastado saber de su nombramiento para adivinar las dificultades que iba a suponer la presencia de un ferviente iconoclasta al mando de la policía de la ciudad. Conociendo su afán por mantener la pureza de la doctrina, las energías que otros destinarían a investigar homicidios, fraudes en el peso del grano o infracciones mercantiles en la exportación de seda hacia Occidente serían empleadas más bien en

perseguir la labor de los pintores de iconos y silenciar a sus defensores. Desde que había muerto Miguel el Tartamudo, socavada su fortaleza por una larga enfermedad que ningún médico había conseguido curar, se habían acabado los buenos tiempos en los que la ley se limitaba a pender sobre sus cabezas sin llegar a caer sobre ellas. Al difunto emperador nunca le habían interesado demasiado las disputas teóricas, y nada tenía que ganar enemistándose con los monjes, así que, sin levantar la prohibición impuesta por sus predecesores, no había empleado especial celo en castigar sus incumplimientos. A veces se emitían amonestaciones, llamadas al orden que se acataban externamente por sus destinatarios sin que estos cambiaran, en realidad, de conducta. Bajo su mandato se había vivido bien, no tanto como cuando las imágenes salían sin cesar de los talleres monásticos a plena luz del día, pero esa venturosa era ya no la recordaba casi nadie.

Basilio siempre había sido consciente de ello, y por eso, en su época, había sido gran defensor de Miguel frente a las críticas de otros higúmenos y de su propia comunidad.

—Pensad que desde que está él no hay sobresaltos, que nos deja tranquilos y mira para otro lado aunque no le caigamos en gracia.

—Pero sacó de su retiro a la dama Eufrosina para casarse con ella. Era monja y había hecho votos. ¿Qué respeto por la Iglesia demuestra eso?

—Después de todo, es hija de emperador y estaba llamada por nacimiento a ocupar una posición como la que le ha dado este matrimonio.

—¿Entonces debemos callar frente a ese desmán solo porque su autor nos deja tranquilos? ¿Obrarían así los profetas del Antiguo Testamento? ¿O alzarían su voz ante el gobernante injusto?

—Yo no me atrevería a compararme con Daniel, ni siquiera con el más pequeño de los profetas. ¿Quién soy para

juzgar los actos del emperador? Dios lo hará cuando corresponda.

—Pero reconocerás que, además de no apreciar las imágenes sagradas, este es un ignorante analfabeto nacido en una tribu de judíos.

—Solo digo que ojalá no tengamos que echarlo de menos algún día.

Ese temor, expresado más de una vez, se había cumplido con creces a la muerte de Miguel, y aunque eso había hecho aumentar la consideración en que era tenido el buen juicio del higúmeno entre sus iguales, no le había proporcionado ninguna otra satisfacción. El nuevo emperador, su hijo Teófilo, había salido discípulo aventajado de su maestro, Juan Gramático, y había dado órdenes de que se aplicara con todo el rigor posible —desde luego, no heredado de su padre— el veto a las imágenes.

Los enviados del logoteta se internaron al fin por el pasillo que conducía a la puerta principal, acompañados por Basilio, que no cesaba de hacerle, sin éxito, gestos a Félix de que no los siguiera más, porque el viejo monje se había pegado a ellos durante todo el registro. Detrás de los funcionarios había entrado en su propia celda para ver cómo levantaban el camastro y revolvían las escasas pertenencias que en ella guardaba; a su lado había contemplado cómo examinaban el refectorio y, por encima de sus hombros, atisbado su escrupulosa revisión del antiguo taller.

—Huele a pintura —había hecho notar uno de ellos, olfateando el aire de la sala como un perro de caza.

—El olor es antiguo y no se va nunca. Está pegado a las paredes. Ya veis que no hay nada aquí que pueda producirlo. Ahora dedicamos la estancia a estudio de los novicios.

Solo cuando salieron a la calle y atrancaron la puerta tras ellos, hablaron con tranquilidad los dos monjes.

—Gracias a Dios. Nos hemos librado de nuevo —se alegró Félix.

—Has estado a punto de estropearlo todo con tu nerviosismo. Si no hubiera nada que esconder, ¿por qué habrías de ir acechando sus reacciones a cada paso? Les has hecho desconfiar.

—¡No puedo evitarlo! Ya soy viejo para acabar en algún rincón remoto del imperio, vigilado como un criminal. O ejecutado en el foro del Buey como la mártir Teodosia, Dios no lo quiera... La palma se me queda un poco grande.

—Si por mí fuera, dejarías de pintar en cuanto acabes el último encargo.

—Eso nunca. Al menos, mientras contemos con quien nos mande aviso antes de cada registro.

—Cualquier día pueden venir de repente. La última vez hubo tan poco tiempo que se perdieron todos los pigmentos entre la tierra del huerto, y la casa no está tan boyante como para permitirse tirar materiales de precio cada vez que irrumpen en ella estos bárbaros.

—Cuando remate el pedido pendiente, si quieres, me retiraré.

El higúmeno meneó la cabeza.

—A mí también me dolería perder la tradición que más fama ha dado al monasterio. Creo, al contrario, que deberías ir buscando a alguien más joven para que aprenda el oficio y lo conserve. He pensado que quizá Bartolomé sería un buen alumno. Al menos muestra interés.

Las cabezas de los enviados ya se perdían de vista calle abajo cuando Félix dio por pasado el peligro y salió a la pequeña huerta del cenobio, a la que rodeaban altos muros de piedra. El sol caía casi vertical sobre los cuadros de hortalizas y verduras, ordenados con tanta simetría como las partes de un mosaico geométrico de los que adornaban los suelos de la capilla. Alexios y Bartolomé, tocados con sombreros de

paja, rastrillaban las hierbas arrancadas de un cuadro sin sembrar, mientras otros novicios regaban u ordenaban herramientas. Los pájaros cantaban despreocupados en el interior de un arbusto y la brisa doblaba con delicadeza los tallos más crecidos.

—¿Podemos sacarlo todo ya? —preguntó Alexios.

—Adelante. Se han ido, y no creo que vuelvan en una temporada. Con cuidado, por favor; acordaos de que se destinan a fines sagrados.

Alexios dio unos golpes de azadón en los bordes de un parterre sin sembrar y pronto, al apartar la tierra, se reveló el contorno de unas tablas disimuladas bajo el terreno. Ayudado por sus compañeros, levantó la tosca cubierta de madera que tapaba una fosa rectangular. En ella yacían los trebejos y materiales que el hermano Félix destinaba a su labor, bien protegidos en una caja envuelta en lona encerada. Otros, como calderas y morteros, habían sido camuflados entre el menaje de la cocina.

Entre todos transportaron los utensilios hasta el estudio, de donde habían desmantelado durante la noche, a toda prisa, cualquier indicio de la actividad del pintor.

Durante este tráfago inesperado, Alexios miró varias veces de reojo al dispensero, igual que el piloto al timón busca descubrir si se está formando la tormenta en los lejanos nubarrones que avista, y con alivio comprobó que Teodosio estaba demasiado ocupado como para acordarse del castigo prometido. En cualquier caso, cuanto más tiempo transcurriera, menor sería su enfado, porque lo conocía bien y sabía que, a diferencia de otros que mantenían siempre el mismo temple, sus emociones eran tan intensas como pasajeras. Para congraciarse con él se esmeró cuanto pudo en sacar de sus dominios lo que ya no debía estar allí y en restaurar el orden perdido.

—¿Dónde coloco la marmita, hermano?

—Cuélgala de su gancho. ¿O es que no sabes dónde va?

Alexios, dócilmente, hizo lo que le mandaban, contento de haber hecho notar su diligencia y de que el tono de Teodosio se revelara ligero, casi distraído.

—Bartolomé, tú no te marches —pidió el hermano Félix cuando los jóvenes se estaban retirando, tras ayudarlo a disponer cuanto necesitaba para volver a su oficio. La luz que entraba era buena, y todavía faltaba un par de horas para la siguiente oración, así que había decidido aprovechar el tiempo—. El higúmeno sabe que tienes facilidad para hacer dibujos y ha visto tu interés en el oficio —continuó—. Él piensa que debes empezar a aprenderlo cuanto antes, porque yo ya no soy joven y vivimos tiempos poco propicios. El monasterio podría quedarse por primera vez sin pintores de iconos si a mí me sucediese algo, ahora que los demás han tenido que irse. ¿Estás de acuerdo en ser mi aprendiz?

—Sí, creo que me gustará.

—Te advierto que no es un oficio cualquiera, sino una alta misión.

—Lo sé, hermano.

—Nuestra tarea se desempeña solamente por monjes como nosotros y siempre después de pedir inspiración al Espíritu Santo. Esa es la primera lección: rezar antes de comenzar, rezar mientras se pinta y rezar, por fin, cuando se acaba. Todas son necesarias, pero la última oración ante la obra terminada que ya se puede adorar como símbolo de la divinidad, esa proporciona una paz especial que tú también sentirás cuando te enfrentes a tus propias realizaciones. Esa adoración final es la que justifica cada uno de los pasos que damos desde el principio, cuando aún no hay más que una lámina desnuda sacada de un árbol. Vamos, pues.

Félix bajó la cabeza y Bartolomé lo imitó, repitiendo con él cada frase de la plegaria en la que impetró del Espíritu Santo la ayuda necesaria para empezar la tarea. Luego el monje ma-

yor desarrolló con cuidado una tabla en blanco y se la enseñó al aprendiz.

—Por suerte, aún no había empezado a pintar la figura. Si no, se habría estropeado al tener que cubrirla sin que hubiese secado del todo. Pero la preparación de la tabla es tan importante como el dibujo y la elección de los colores. Si no lo hacemos bien, el icono tampoco saldrá como debe. Hay que imaginarse que esta materia es la piel de la persona representada y que debe estar tan suave, limpia y tersa como la más pura que exista. No puede haber granos o defectos en el rostro de Nuestra Señora o del Salvador. ¿Lo entiendes? Esta ya tiene la primera capa de yeso, pero antes hubo que darle dos o tres de cola. Me has visto ya en otras ocasiones embadurnar la madera desnuda y también mezclar la lechada, pero nunca has tenido que hacerlo tú mismo. Para ello deberás recordar las proporciones que te diré y la forma de conseguir cada uno de los ingredientes. En los viejos tiempos los novicios se encargaban de estas cosas, el taller estaba lleno de gente: unos calentaban el agua, otros removían la mezcla, hacían la cola, tamizaban el yeso o machacaban en los morteros. Ahora ya ves que solo estamos tú y yo, y de forma clandestina... Tan pronto como aprendas a hacerla, esta tarea te corresponderá a ti. Cuando estés con ella, no la hagas mecánicamente ni te digas que es un trabajo simple que poco tiene que ver con el resultado final. Piensa, en cambio, que de este fondo blanco ha de surgir en su momento la imagen del Salvador.

Bartolomé se fijó en cada uno de los movimientos del viejo Félix, seguros y a la vez delicados. Brotaban de sus manos con la engañosa facilidad de lo mil veces repetido, y opinó que no sería tan difícil imitarlo. Mientras tanto, le daba vueltas a lo que acababa de oír, como si fuera una lección que memorizar.

—Hay algo que no entiendo bien —se atrevió a preguntar al fin—. Cuando adoramos lo que acabamos de pintar, ¿no

estamos adorando una obra nuestra y, por tanto, a nosotros mismos?

Félix se sonrió.

—Razonas como un iconoclasta. ¿No te ha explicado el maestro de novicios cómo responder a esa objeción?

—A los más pequeños no nos habla de esas cosas.

—Claro, eres muy joven todavía... Pero la pregunta se te ha ocurrido a ti solo, por lo que mereces una respuesta. Soy pintor de tablas y nunca he estudiado Teología, así que a lo mejor mis explicaciones no coinciden por completo con las de tu maestro, pero, como también vas a ser pintor, quizá te sirvan como a mí. O con el tiempo encontrarás la tuya propia, que sería lo mejor. Mientras tanto, piensa que lo que veneramos en las imágenes, hechas por nosotros o por cualquier otro, no es la excelencia del trabajo ni la calidad de los materiales, sino otra perfección de la que el cuadro es un simple reflejo. Cuando te miras en un estanque tranquilo, sabes que tú no estás bajo las aguas, pero eso no impide que te reconozcas en ellas. La gente también sabe que lo que sale de nuestros pinceles no es el verdadero Jesucristo en su gloria, pero el icono bien ejecutado les permite percibir una mínima parte de la belleza, de la serenidad, de la sabiduría que en sus vidas no logran hallar con facilidad. Por supuesto, nada de eso nos pertenece; nuestra misión es únicamente recoger los vestigios que Dios ha dejado de sí en cada cosa del mundo y ponerlos juntos armónicamente para que brillen un poco más. Y no es poco.

Bartolomé asintió.

Había comprendido la idea del reflejo en el agua, y le parecía suficiente. Lo demás no le decía nada, pero quizás con el tiempo, como había dicho Félix, encontraría su propia justificación y no necesitaría recurrir a las argumentaciones teológicas, aún desconocidas, del maestro de novicios. Quizá ni siquiera a las del viejo pintor de iconos.

En silencio prosiguieron su tarea, que acabaron con otra plegaria, tal y como había establecido su maestro. Con ella, Bartolomé agradeció haber sido escogido para algo que le agradaba tanto.

Pronto se demostró que aprendía con gusto, ponía atención en cuanto se le enseñaba y no escatimaba esfuerzos para memorizarlo y aplicarlo. Sin embargo, Félix le hacía ejercitarse solamente en la preparación de tablas, labor que no requería grandes habilidades.

—¿Cuándo empezaré a dibujar?

—No tengas prisa, aún es pronto.

Cuanto más deseaba el discípulo dar un paso adelante, más se retrasaba el momento, hasta que acabó por acostumbrarse a trabajar con el yeso y la cola sin otra idea en la cabeza. No obstante, guardó en su manga uno de los carbocillos que se usaban en el taller y, a escondidas, comenzó a copiar sobre cualquier superficie lisa —paredes, maderos...— los diseños de su maestro. Luego los borraba y, con ello, a la vez que evitaba ser descubierto, se disculpaba a sí mismo por la infracción de las reglas. Así fue consiguiendo soltura y firmeza en el movimiento de las manos.

Cuando, por fin, el viejo monje le permitió hacer su primer esbozo, comprobó que su alumno había ganado facilidad de trazo desde que le hiciera las pruebas iniciales, pero también había adquirido algunos vicios que solo podían deberse a un aprendizaje sin guía ni orientación. Tan pronto como Bartolomé acabó y, orgulloso, se quedó aguardando su juicio, Félix emborronó el resultado con gesto serio.

—Mañana volverás a preparar cola y yeso.

—¿Por qué? No me ha salido tan mal...

—Para pintar es tan importante la paciencia como la habilidad. Mientras no aprendas la primera no podrás dedicarte a ganar la segunda.

Bartolomé acató de mala gana esa decisión y esperó de nuevo hasta que, unos días más tarde, Félix tuvo por purgada su falta. Entonces el novicio recibió algunas nociones de principiante que escuchó sin replicar para, a continuación, tomar el carboncillo y deslizarlo sobre el fondo blanco. Curiosamente, se sintió como si nunca lo hubiera hecho y le asaltaron dudas e inseguridades que antes no se le habían presentado, hasta el punto de tener que hacer varias correcciones.

—Eso es porque has aprendido algo. Cuantos más conocimientos tengas, más dudas se te han de presentar, y habrás de ir resolviéndolas, una por una, antes de estar seguro de que no actúas por simple ignorancia.

Una noche, cuando ya habían recogido sus utensilios, llegó un desconocido al monasterio. Esta visita pronto provocó cierto revuelo entre los novicios, puesto que no vestía hábitos, sino más bien la indumentaria de un mercader, y nadie acertaba a explicarse qué había ido a hacer allí ni por qué lo habían acogido con sigilo. El higúmeno había acudido en persona a recibirlo y pronto había desaparecido con él en el interior del edificio.

Alexios, que se enteraba de todo, fue el que dio la noticia a su hermano.

—Es un estudita, de los auténticos.

La mayoría de los monjes del monasterio de Estudion, fervientes defensores de los iconos, se había dispersado después de la entronización de Teófilo. El empeño de su célebre higúmeno Teodoro, ya fallecido, en polemizar con los iconoclastas había provocado que se enconara la persecución contra ellos, y muchos se habían exiliado en los diversos *themas* del imperio, donde no faltaban quienes les dieran refugio. Este estudita, como pronto se supo, se escondía en Bitinia, desde donde había arribado clandestinamente. Su antigua casa estaba ocupada ahora por monjes dóciles a la autoridad,

que lo denunciarían sin dudar en caso de que supieran de su presencia en la ciudad, así que debía mantenerse alejado de ella.

Apenas salió a la calle mientras lo hospedaron. Su ocupación principal parecía la de mantener conciliábulos durante horas con Basilio. En lo demás, respetaba las reglas de la vida monástica, por lo que poco pudieron hablar con él. Sin embargo, una tarde entró con el higúmeno en el taller donde Bartolomé trabajaba solo en aquel momento, y le pidió ver alguno de los iconos de que dispusieran. El aprendiz se sorprendió de que Basilio le revelara el secreto mejor guardado de la casa, pero obedeció sin rechistar.

Mientras exhibía alguna de las escasas obras que aún conservaban escondidas como reliquias, Bartolomé le preguntó con curiosidad por su huida de Constantinopla, aunque sin atreverse a indagar en los motivos de su actual estancia entre ellos, que suponía reservados.

—Lástima que estos tiempos no permitan ejercitar el talento. Tenéis entre vosotros a uno de los mejores pintores del imperio reducido casi a la inactividad por culpa de esos gobernantes que Dios nos ha dado para castigo de nuestras faltas. Félix domina su arte a la perfección, y en otra época habría sido considerado el rey de los imagineros —sentenció el huésped.

Bartolomé se sintió muy satisfecho de contar con un profesor cuya fama era tan reconocida. Ese orgullo, y también la intención de agradarle, lo llevaron a transmitirle a toda prisa las palabras que sobre él había oído.

Para su sorpresa, el viejo monje las rechazó con desprecio.

—Quien te haya dicho eso es un ignorante y su opinión vale muy poco.

—¿Pero por qué negar que sois uno de los mejores si es cierto? —insistió Bartolomé—Nadie lo discute, y este hombre sabe bien de lo que habla.

—En esto no hay nadie mejor ni peor, porque no existe rivalidad. Aunque cada uno esté solo en su taller, trabajamos en la misma obra; entre todos vamos ejecutándola y nada aportamos a ella que no nos haya sido prestado antes. Tú también contribuirás al resultado en la medida de tus fuerzas, y lo que más deberías desear es que tu nombre se olvidara, como se olvidará el mío y el de tantos otros.

El joven se quedó pensativo, como solía pasarle cada vez que Félix lo corregía, y no tardó mucho en retomar el asunto.

—Si, como decís, todos trabajamos en la misma obra ¿por qué existen diferencias entre las de unos y otros? ¿No debería haber un modelo único? Incluso, una vez realizado, ¿para qué hacer más si ya es perfecto?

—Eres un novicio muy preguntón. Yo añadiré algunas otras cuestiones, por si no se te habían ocurrido. ¿Por qué tiene la gente hijos? ¿Por qué hay cientos de miles de hombres sobre la tierra? ¿Por qué no permanecieron Adán y Eva como únicos representantes del género humano?

—Dios les ordenó multiplicarse.

—Pues si a Dios le gusta que la tierra se llene de hombres, cada uno distinto de los otros, ¿por qué no habría de gustarle que busquemos la perfección por distintas formas y caminos? Lo que importa es el reflejo de ella que podemos devolver al mundo, no el espejo en el que la miramos. Por eso se equivocan los que quieren quitarle los iconos al pueblo. En ellos, la gente piadosa adora la única luz, no los espejos, y privándola de ese instrumento la dejan un poco más oscura y triste.

Mientras Bartolomé hacía su aprendizaje, se preparaba el momento en que Alexios abandonaría el cenobio. Había llegado ya a los dieciséis años, la edad a la que otros ingresaban a la vida según la regla de san Basilio. En su caso sería al revés, y la abandonaría sin haberla aceptado solemnemente. Últimamente ya ni siquiera usaba el hábito de novicio. Gra-

cias a que sabía leer y escribir, le habían buscado trabajo en casa de un escribano para el que copiaría documentos legales, y, por tanto, contaría con un sitio para dormir y sustento asegurado. No le gustaba el empleo, porque le recordaba al estudio del monasterio, pero pensó que sería algo provisional, hasta que pudiera enrolarse en el ejército o hallar otra ocupación en la que menudearan las aventuras que tanto le atraían.

El higúmeno lo llamó a su presencia al poco de cumplirse el tiempo, y Alexios acudió despreocupado. En la sala capitular encontró reunida a la comunidad, y eso le impresionó un tanto, a su pesar.

—Alexios, cuando entraste en esta casa se te acogió sin perderte tu opinión, porque eras un niño huérfano. El tiempo que has pasado entre nosotros has aprendido cuanto debe saber un novicio, se te ha corregido cuando ha sido necesario y has visto el ejemplo de tus mayores. Aun así, no ha nacido en ti el deseo de servir a Dios por medio de esta vida, ni es tu voluntad hacer profesión en ella. Por eso, hoy que eres un hombre, te pregunto ante esta congregación si deseas irte, para que manifiestes tu voluntad libremente.

—Sí, quiero vivir en el mundo —contestó sin dudar.

—Entonces, como higúmeno, te permito marchar y te despido pidiéndote que, aunque no sigas entre nosotros, no dejes de ser buen cristiano como aquí se te ha enseñado. ¿Tienes algo que añadir?

Alexios se sintió cohibido de repente. Frente a él tenía los rostros, tan conocidos, de sus jóvenes compañeros —entre ellos su hermano Bartolomé— y también el de los monjes: Teodosio, el dispensero; Félix, el pintor; Nicolás, el maestro de novicios... Todos lo miraban, como aguardando algo de él, y no sabía qué podría ser.

—Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí —acabó por decir, con escueta fórmula que le pareció adecuada, ol-

vidando por un instante los muchos ayunos, azotes y mortificaciones con los que había pagado sus numerosas faltas y rabiado tantas veces—. ¿Podré venir a ver a mi hermano?

—Sabes que el monje debe llevar vida retirada, y tu hermano va a serlo. Después de que profese solo podrás verlo en aquellas ocasiones en que se le autorice a salir a algún encargo, si tal es su voluntad.

Alexios asintió, porque sabía que así había de ser, y con una inclinación de cabeza se retiró para ir a buscar las pocas pertenencias que se llevaría consigo. Se había imaginado de otra manera aquella despedida, y ahora que ya no pertenecía a la comunidad, de la que tanto deseaba salir, no experimentaba la sensación de libertad que tanto esperaba. Más bien le dolía despegarse de ella, no volver a ser nunca más uno de los que se quedaban entre aquellos muros. Después de todo, habían sido su familia durante años.

Pero en cuanto se vio en la calle con su hatillo al hombro y pensó que ya no debía temer por la hora de regreso ni buscar excusas para ir a la ciudad o escaparse en caso de no hallarlas, se sintió muy ligero y hasta alegre.

—¡Alexios!

Miró hacia atrás y descubrió a Bartolomé, asomado con dificultad a un ventanuco enrejado de la fachada, con la vista clavada en él.

—No te preocupes —le dijo Alexios—. Vendré a verte. Sé cómo saltar la tapia de la huerta.

—Acuérdate de que ahora ya no vives aquí y pueden creer que eres un ladrón...

—¿Yo? Todos me conocen. Además, no me descubrirán si no quiero.

—Será mejor que nos veamos cuando yo salga a comprar o a hacer algún recado.

—Como quieras. El caso es que podamos estar juntos.

—Lo estaremos. Adiós, Alexios. Ten cuidado...

Bartolomé hizo un gesto de despedida antes de retirarse y su hermano se volvió para continuar su camino, que hizo tarareando una canción.